

# EL BANDOLERISMO EN PRUNA

---

JOSÉ ZAMUDIO BARRERA

(Maestro jubilado)

**RESUMEN:** En esta breve contribución se recoge, fundamentalmente a través de la tradición y los testimonios orales, las andanzas del bandolero “Cencerrito”, natural de Setenil de las Bodegas, por esta localidad y otras del entorno.

**PALABRAS CLAVE:** bandolerismo, Pruna, Setenil de las Bodegas.

**SUMMARY:** This research collects, mainly through tradition and oral testimonies, the adventures of the bandit “Cencerrito”, a native of Setenil de las Bodegas, through this town and others in the environment.

**KEY WORDS:** banditry, Pruna, Setenil de las Bodegas.



El bandolerismo con nombre propio llega a nosotros con un eco tardío, en sus últimos *devaneos* (finales del siglo XIX), con un líder un tanto atípico, “Cencerrito”, ya que pertenecía a una familia acomodada de Setenil.

Esto no quiere decir que, estando ubicados en la sierra sur sevillana, con estribaciones de la serranía rondeña a la vista, en un paisaje de lo más adecuado para esta *profesión*, no hubiésemos tenido nada que ver con el tema, hasta que irrumpe Cencerrito; ni mucho menos. Precisamente en nuestro término cayó a manos de la Guardia Civil “El Maruso”, uno de los bandoleros más facinerosos de Las Rozas, ese *nido de víboras* en el que anidaron y desde donde dominaron un amplio territorio. También nos llegaron las postas de otros secuaces como “Lengua de Vaca” y “Uñas Negras”, que luego pudieron acompañar a Cencerrito en más de una fechoría. Y, cómo no, El Tempranillo, casado con María Jerónima Francés, natural de Torre Alháquime, a escasos diez kilómetros de Pruna, y eso es para tener en cuenta.

Pero lo que se dice nuestro, con cuartelillo y todo, aquí, hasta que aparece Cencerrito, no lo habíamos visto tan de cerca. Su proceso de fraguación es un tanto confuso; algunas teorías lo relacionan con una cuestión de celos empedernidos, de los de aquellos tiempos, que lo llevaron a una pelea, dicen que legal, en la que pudo ocurrir lo peor al contrincante; otras lo relacionan con una persecución implacable de la Guardia Civil a un hermano, lo que generó en él un odio encarnizado a los tricornios, como así los apodaba. Mis queridas fuentes, cercanas a él, se inclinaban por la primera teoría.

Veamos algunas singularidades.

Entre estas curiosidades hallamos el hecho de que uno de los componentes de la partida de Cencerrito era de Pruna, o al menos estaba casado con una señora de allí con la que tuvo varias hijas. Se llamaba Félix, y de él se decía que era utilizado por la banda como “piedra de choque” por su notable fortaleza física.

Pero, además, sabemos que antes de tirarse al monte fue *celaó* de las bestias de mi abuelo, paisano de Cencerrito, y esto propició una anécdota en la que el dicho Félix le paró los pies al bandolero, que una noche pretendía llevarse un caballo sin el requerido permiso del dueño; tal sería la actuación que Cencerrito lo fichó tiempo después para su *partía*.

Un relevante personaje de aquí, D. Jose Villalón, tuvo mucho que ver en la trayectoria del gaditano. Es de suponer que entre ellos se estableció un cierto comensalismo. Aunque de incógnito, en su domicilio (calle Real, número 24) o en alguno de

sus cortijos, contactaban. Lo que da que pensar que entre protector y protegido se diera esta situación. En una de aquellas ocasiones en que estaba el señor Villalón con el capitán de la Guardia Civil en el campo, se presentó el lechero, que había entregado su mercancía a los caseros e iba a recibir órdenes del patrón; mantuvieron una breve conversación en la que intervino también el Capitán y, cuando terminaron la charla, el mozo, con permiso del amo, ritual, se despidió de ellos y se fue; ellos desayunaron y cuando D. José calculó que el pseudo-lechero había puesto ya pies en polvorosa, le dijo al oficial: *Acabas de conocer y hasta charlar con esa pesadilla de la Guardia Civil que se llama Cencerrito. ¡No me digas! No tienes perdón de Dios, D. José, esta me la pagas* (no se sabe si se la pagó).

A juzgar por las historias que me han relatado, era un verdadero azote para la Benemérita en esos caseríos, tan poblados entonces: El Algaravejo, La Romera, La Portuguesa... No lejos de Pruna se cuenta que en una ocasión tuvo secuestrada a una pareja en una alcantarilla hasta que le salió del alma al tío.

¿Qué les parece? ¿Qué cómo acabó la travesura? No me pregunten. Los vecinos dan fe, pero yo estoy tan atónito como vosotros. Estos versos se hicieron populares con ese hecho:

*En los llanos del Higuierón  
Cencerrito y los civiles  
un gran debate tuvo.  
Las cartucheras de un guardia  
de un balazo se partieron.  
(¡Eso es apuntar!)*

Estos hechos, que además nos llegan por la siempre dudosa tradición oral, cargan las tintas, para la carnaza, al protagonista, aunque, en honor a la verdad, debo hacer constar que mis colaboradores, por razón a sus edades, tuvieron contacto con sus coetáneos.

Esta es fidedigna: No sé si llegaría al altar, pero sí que tuvo su novia en La Portuguesa, cuyas hermanas estuvieron casadas con pruneños y vivieron en Pruna.

En otra cortijada próxima, Los Llanos del ciego, tuvo otro sonado percance: fue con su gente a comer a una venta y había otra reunión de comensales que cuando los vieron comer con cucharas de pan empezaron a cuchichear entre ellos con risitas que fueron en aumento hasta que se plantó “el gachón”, trabuco en ristre, se colocó delante de los del *cachondeíto* y les dijo: *¡Se acabó, venga, a roer cucharas!* —que no eran de pan—, *so hijos de puta, mancha de chulos baratos*. Aseguran que los tuvo dándole

dentelladas a los cubiertos hasta que le dio la gana. Este sonoro incidente dio nombre al lugar: la venta de La Cuchara.

En otros pasajes afloran esos sentimientos nobles que fueron comunes en algunos de sus correligionarios. Veán estos versos:

*El tío gastaba un trabuco  
al que to er mundo temía.  
Se enfrentaba con la Guardia,  
que era quien lo perseguía,  
pero a los necesitados  
les daba su mano amiga.*

Parece copia del epitafio a Diego Cencerrito. Siglo XVIII.

Los ocurridos con mi abuelo, Juan M. Z. O., nacido en Setenil y, por tanto, paisano del susodicho, no los puedo omitir, pues se los oí a mi padre muchas veces y ponía tal pasión en su relato, que sería una imperdonable jugarreta.

Por la razón que fuera y aunque el amo era de armas tomar, le dio el permiso y el *celaó* a la siguiente le presto el caballo. Lo malo fue que pasaba el tiempo y no lo devolvía por muchos recados que le mandaba y es que era el que el tío montaba. Pero es de suponer que el mozo, ya incorporado a la banda, pernoctaría con frecuencia en Pruna con su familia y una de esa noche fue visitado por mi abuelo. El hombre, que le tendría afecto, le informó de una jornada que harían tal día y pararían en tal venta. Allí se presentó con la espada desnuda Juan M. y creo que cayeron conchas en el encuentro. Tanto fue así que el dueño denunció los deterioros y al juicio solo se presentó una de las partes. La otra hizo de las suyas. El presentado, pago las costas y sin saber cómo a la mañana siguiente el animal amaneció amarrado en un árbol inmediato al caserío de mi abuelo (ambos son fidedignos).

El otro chasco se le dio una tarde-noche que iba hacia un cortijo (La Ratera) que tenía arrendado y en un paraje lóbrego del camino salieron a su encuentro dos encapuchados pidiéndole el dinero que llevara; pero no iba solo, pues de entre las mantas sacó una escopeta de cañones recortados, se la puso en posición y les dijo: *Mirad el dinero que llevo so hijos de...*; creo que no cupo más en su verbo, pero añadió: *Lo mismo que os he dicho, estoy dispuesto a decírselo a él, que es un tiparraco cobarde y que estaré en tal sitio toda la noche.* No se presentó y, lo que fue mejor, a partir de entonces jamás volvieron a molestarles ni a él ni a su familia.

Entre lo seleccionado, les propongo el raro chasco, con perdón, del Cabezón. Era un vecino rico de notable pedigrí en aquellos predios que frecuentaba Cencerrito y con

el que ha había tenido más de un bis a bis. La cabeza del hombre, como dice la coplilla: cual un lebrillo. Un día lo entrecogió en un *ceñadajo* de caza de su propiedad y le dijo: *El sábado, entre dos luces, debajo de la amolaera que hay al lado del pozo, me dejás ese sombrero hasta los topes de duros de plata. Como te chives te juro que no te va a servir más.* Claro que se chivó y la pareja de servicio, más un refuerzo, se apostaron por las inmediateces, dispuestos a dar el golpe maestro al truhán. Pero ¡qué va!, el tío, intuyendo el *tinglao*, se fue tranquilamente al domicilio del señor, arma en ristre, y de un balazo le quitó el sombrero y añadió: *¡Párvulo! Hasta arriba lo quiero ahora mismo, que si no te apunto dos dedos más abajo.* Lo dejó *pelao* y cuando llegó la Guardia Civil con la buena nueva de que el granuja no se había presentado, exclamo fuera de sí El Cabezón: *¡Cómo va a estar en dos sitios a la vez!* Pongan aquí los peores improperios que le dedicó, se quedarán cortos. *Mirad el “perforao” de la mascota y cómo tengo esta cabeza, lleva el (sigue la jerga de adjetivos) macuto más de medio de monedas, ¡la madre que me aventó!*

Hay, para cerrar este ramillete, un detalle inequívoco de sus orígenes y es la devoción al Santísimo Cristo de la Vera Cruz de Setenil. Corría la última década del siglo XIX, cuando el Jueves Santo, en esa procesión ancestral en la que el Cristo baja a la Parroquia desde su ermita, en casi absoluta oscuridad, con solo los cuatro velones del Paso, en el itinerario, un hombre fornido, con el rostro cubierto, se acercó a uno de los portadores y, con gesto amenazante, le pidió que le dejase el varal. Allí es un privilegio de algunas familias ser costaleros del Silencio, pero dada la actitud, quizás por miedo, se lo cedió y lo llevó durante gran parte del itinerario. Ya en la Iglesia, el usurpador se dirigió a él, se quitó el antifaz y le dijo: *Yo soy Cencerrito*; insólito también, pero así apareció en la prensa y así lo conseguí de la concejalía de turismo.

Siguieron los periódicos a partir de entonces, sobre todo entre 1890 y 1895, haciéndose eco de sus tropelías, con ese denominador común de sensacionalismo. En ellos se publicaron hechos como el brutal choque entre él y El Pinales, del que ambos salieron maltrechos, o la larga permanencia de la banda en Morón, sembrando el pánico en la ciudad (*La Vanguardia*, 25 de marzo de 1894).

Por fin, un mes después, el mismo periódico publicaba dos teletipos dando la noticia de que Cencerrito había aparecido muerto en un arroyo de Coripe, achacándose su muerte a miembros de su misma cuadrilla. Parece ser que no fue así; la versión más aproximada quizás sea la que me llegó a través de un señor, cuyo abuelo, coetáneo de este hecho, le contó: fue en un caserón de El Duende, restos de una antigua capilla, próxima al Jerre, en término de Coripe. La casera del cortijo, que de soltera mantuvo una relación amorosa con Cencerrito, fue deshonrada, vilipendiada, despechada hasta el extremo por él, en su cara. Esta, por “recogerse” —expresión antigua—, se casó con el casero, viudo, mayor y con tres o cuatro hijos; a pesar de todo, Cencerrito seguía

atrayéndole, pero su odio era tan encarnizado que decidió citarlo, fingiendo pasión. Y claro que acudió al furtivo encuentro, pero no fue amor lo que halló. Ella se fue antes con una escopeta de su esposo, se parapetó estratégicamente y al entrar él, ciego de libidinosos deseos, a bocajarro, le disparo ambos cartuchos, que hicieron blanco en la cabeza del sujeto. Es fácil coordinar esta versión con la nota de prensa relativa al hallazgo del cadáver en el arroyuelo de Coripe; solo hay que añadir que la infeliz, ayudada por alguien, que pudo ser hasta su esposo, pudieron trasladarlo al dicho lugar. Toda la zona celebró a lo grande el desenlace, natural.

## NOTA

Como se expresa reiteradamente en el texto de esta síntesis, mis fuentes fundamentales y únicas, fueron orales, ya que casi toda la información fue a través de mis familiares, oriundos de Setenil. Destaco la colaboración complementaria de la Concejalía de turismo de dicha villa, que me envió, por correo postal, la fotografía del bandolero, donada por un pariente, la cual ilustra la portada del folleto publicado por el Ayuntamiento de Pruna en marzo de 2018 y el relato del percance ocurrido en la procesión del Cristo de la Vera Cruz, la noche de Jueves Santo, sin especificar su procedencia, aunque es de suponer que fuera la prensa.

Transcribo las notas de prensa que aparecen entre 1892 y 1894 en distintos periódicos: *La Vanguardia*, *Diario de Cádiz*, *El Liberal*, entre otros, relativas a sus singulares andanzas, algunas de las cuales publicadas en la sección “Hoy hace 100 años”. Entre ellas, *La Vanguardia*, en abril de 1894, da noticia de su muerte, con su versión, y por tradición oral fiable, yo recibo otra muy distinta, que adjunto.

